

HISTORIAS DE MEDIANOCHE

Equipo Galleraldo 2º ESO

En la oscuridad... Comienza la leyenda.

El Pueblo de "Darkness Falls" se fundó a principios del Siglo XIX y tiene una orgullosa tradición como pueblo pesquero. Pero también existe una mancha oscura en su pasado, que el tiempo ha ayudado a enterrar. Pero no por mucho tiempo, porque la Leyenda de Matilda Dixon ha cobrado vida propia. Hace más de 150 años, una anciana llamada Matilda Dixon vivía sola en una pequeña casa en la ladera del bosque cerca del histórico Faro de Darkness Falls. Matilda y su último marido fueron los primeros habitantes en el pueblo. Antes



que su esposo muriera en un trágico accidente pesquero, Matilda había sido un miembro destacado de la comunidad, cuidando de los niños del barrio y haciéndoles dulces. Incluso antes de que ella se recluyera en su casa, muchos de los niños iban a buscarla para pedirle tartas y galletas, lo que era muy reconfortante para ella. En agradecimiento los niños le regalaban sus dienteitos de leche. (Estos le recordaban a las figuritas que su marido le tallaba en su época de ballenero). Y así fue como se ganó el apodo de "El Hada de los Dientes".

Pero la pobre Matilda parecía estar maldita. Una noche mientras dormía, un fuego descontrolado surgió de su cocina. Cuando sus vecinos llegaron a rescatarle, el fuego había desaparecido. Matilda se negó a salir a la puerta y aceptar ninguna ayuda. A partir de ese momento se negó a tener cualquier contacto con el exterior. De vez en cuando dejaría regalos a los niños en la puerta de sus casas, preferentemente calderilla, porque había dejado de cocinar. Matilda vagaba por las calles protegida por la oscuridad de la noche, escondiendo su cara con una máscara de porcelana blanca, buscando las casas donde los niños dejaban sus dienteitos en un pañuelo atado a la puerta principal. Los habitantes de Darkness Falls se sentían conmovidos por su bondad y sentían pena por la tragedia que había invadido su vida.

Una noche terrible, todo eso cambió. Y el nombre de Matilda Dixon se convirtió en sinónimo de hechos innombrables. Una tarde de 1841, dos niños les dijeron a sus padres que iban a visitar al "Hada de los Dientes". Como no regresaron a su

casa, inmediatamente las sospechas recayeron en Matilda. La búsqueda oficial se convirtió en una multitud enfurecida, sedientos de venganza. Armados de antorchas y cuerdas, se encaminaron hacia la casa de Matilda. Ésta echó el cerrojo a la puerta mientras la muchedumbre tiraba piedras, gritándole que saliera. Con voz desesperada, proclamaba su inocencia, pero no sirvió de nada. Media docena de hombres tiraron la puerta abajo y sacaron a Matilda a rastras, golpeando a su vez un enorme jarrón lleno de dientecitos que quedaron esparcidos por el suelo. Matilda se cubrió la cara con la máscara de porcelana suplicando clemencia. A pesar de que les rogaba que no le viesan la cara, le arrancaron la máscara y la tiraron contra el suelo. Todos se quedaron petrificados, y algunos enloquecieron, cuando vieron lo que se ocultaba tras la máscara: una cara que en otro tiempo fue bonita, ahora estaba quemada, desfigurada y reflejaba angustia y dolor. Ninguno de los que estaban allí olvidarían jamás lo que habían visto. Nunca se atrevieron a hablar de ello, sólo a gritos en mitad de una pesadilla.



De algún modo, la historia perduró y se fue transmitiendo de generación en generación, hasta que los hechos que ocurrieron en esa fatídica noche de 1841 se distorsionaron tanto como el horrible cuerpo de Matilda Dixon, colgada de la rama del viejo roble, con su camisón quemado ondeando al viento. Cuentan que su espíritu sigue vagando por las oscuras y viejas calles de Darkness Falls hasta encontrar a un niño que pierde su último diente de leche. Entonces Matilda acude en la silenciosa noche a su casa y cuelga, como hicieron con ella, a toda su familia.

No sólo los perros lamen.

La citada historia le sucedió a una niña de 9 años, hija única de padres de gran influencia en la política local. Esta niña tenía todo lo que hubiese querido y

deseado una niña normal con buena educación, pero con una soledad incomparable. Sus padres solían salir a fiestas de caridad y reuniones del ámbito político, y la dejaban sola.

Todo cambió cuando le compraron un cachorro de raza grande (esto para que cuidase a la niña cuando creciera). Pasaron los años y la niña y el perro se volvieron inseparables. Una noche como cualquier otra los padres fueron a despedirse de la niña; el perro, ya acostumbrado a dormir con la niña, se postraba junto a la cama. Los padres se fueron y pronto la niña se sumió en un sueño profundo, y aproximadamente a las 2:30 de la madrugada, un fuerte ruido la despertó. Entonces oyó una especie de rasguños leves y luego más fuertes. Temerosa, bajó la mano para que el perro la lamiese (era como un código entre ella y el perro) y lo hizo y entonces ella se tranquilizó y durmió otra vez. Cuando ella se despertó por la mañana descubrió algo espantoso: en el espejo del tocador había algo escrito con letras rojas. Cuando se acercó, vio que era un rastro de sangre que decía así:

"NO SÓLO LOS PERROS LAMEN".

Entonces dio un grito de terror al ver a su perro crucificado en el suelo de su habitación. Se dice que cuando los padres la encontraron ella sólo repetía una y otra vez "¿quién me lamió?" y decía el nombre de su perro. Se volvió loca y hasta la fecha está en un manicomio ,y sus padres, tratando de olvidar lo que hallaron en el cuarto y a su hija, se fueron al extranjero. Lo más sorprendente es que, según los que fueron a investigar al cuarto de la niña, el perro ya estaba muerto, es decir, crucificado en el suelo, desde hacía horas. Entonces, ¿quién le lamió la mano a la niña debajo de la cama?



El niño del cementerio.

Nunca había creído en los espíritus hasta que, hace un par de meses, fui por la noche con mis amigos al cementerio. Al llegar, nos pusimos a jugar al escondite y me tocó pagarla a mí. Cuando acabé de contar escuché un ruido en la zona de los nichos más viejos y fui hacia allí esperando pillar a alguien. Pero no fue así. Al principio no veía nada, aunque poco a poco me fui acostumbrando a la oscuridad, y entonces le vi. Era un crío pequeño que parecía estar muy triste. Yo me quedé muy sorprendido. ¿Qué hacía ese crío allí? Antes de que pudiera decir algo, el crío se desvaneció en el aire. No me había asustado más en toda mi vida. Casi nadie me creyó, pero yo estoy convencido de que aquello fue real. Lo peor fue, que pocos días después, buscando información, leí que veinticinco años antes, y esa misma noche, un niño había muerto en el cementerio en extrañas circunstancias.

